

# Jóvenes y adultos ¿hasta qué punto diferentes?

La influencia de la edad sobre actitudes y valores

JUAN CARLOS REVILLA CASTRO\* Y FRANCISCO JOSÉ TOVAR MARTÍNEZ\*\*

## RESUMEN

Una cuestión clave en los estudios de juventud es el grado en que los jóvenes son diferentes de sus contemporáneos adultos o de cohortes anteriores de jóvenes. Esta cuestión puede analizarse desde perspectivas diferentes: enfocando la atención en las subculturas juveniles o en los valores y actitudes de los jóvenes en general. Los estudios de juventud han tendido a abordar esta cuestión desde la segunda perspectiva, pero, por lo general, no han ofrecido comparaciones de las actitudes y los valores de la población juvenil y la adulta basadas en datos longitudinales. En este artículo presentamos un análisis tentativo para mostrar el interés de establecer tales comparaciones. Distinguimos tres posibles relaciones entre las actitudes y los comportamientos de jóvenes y adultos: a) sucesión de cohortes generacionales que difieren entre sí ("efecto de generación"); b) transformación de las actuaciones juveniles cuando se accede al estatus adulto ("efecto de ciclo vital"); c) transformación simultánea de actuaciones juveniles y de adultos como resultado de cambios sociales generales ("efecto de período"). El análisis pone de relieve cómo pueden combinarse tales efectos en la explicación de las diferencias de algunas opiniones y actitudes sociopolíticas entre la población joven y adulta en España.

## 1. INTRODUCCIÓN

La juventud –sus prácticas, actitudes, formas de expresión, etc.– se ha convertido en un espacio de estudio que ocupa a un buen número de científicos

\* Profesor del Departamento de Psicología Social de la Universidad Complutense de Madrid.

\*\* Becario del Departamento de Psicología Social de la Universidad Complutense de Madrid.

sociales, investigadores y teóricos. Preocupa lo que hacen los jóvenes y lo que piensan, tanto lo que no se entiende de su actividad en el mundo, como lo que parece mal de su comportamiento. Según Andrés Orizo (1996), este interés por la juventud ha sido especialmente fuerte en nuestro país al menos durante buena parte del siglo XX, en la medida en que a la preocupación del régimen franquista por el control de los jóvenes se unieron las esperanzas que la sociedad democrática puso en las nuevas generaciones como impulsoras de los ansiados cambios sociales.

De este modo, se ha engendrado una suerte de proceso ansiógeno en la población adulta que tiende a convertir cada actuación reprobable de un grupo de jóvenes en síntoma de lo que es la juventud y en augurio sobre lo que ha de venir, lo que nos espera cuando estos jóvenes accedan a la vida adulta, proceso magnificado por la dinámica informativa de los medios de comunicación social. Son muchas las investigaciones que se han ocupado de los grupos de jóvenes cuyos comportamientos y actitudes son considerados preocupantes (subculturas juveniles, delincuencia juvenil, hinchas de fútbol) o se han interesado por dar un diagnóstico lo más acertado y completo posible acerca de la juventud del momento a través de estudios generales o sectoriales sobre las juventudes nacionales, regionales o locales.

Una forma de situar esa ansiedad intergeneracional en sus justos términos sería conocer hasta qué punto y en qué cuestiones los jóvenes y los adultos son realmente diferentes, así como cuáles son las diferencias entre las distintas generaciones de jóvenes. La principal virtualidad de establecer estas comparaciones radica en poder discernir entre las diversas interpretaciones posibles. Usualmente

las diferencias entre jóvenes y adultos se atribuyen a un cambio generacional debido a la distinta socialización de las nuevas cohortes de edad. En muchos casos, esto ha de ser así, pues, en definitiva, la juventud se adhiere a lo nuevo, recoge con especial fruición el momento presente, por lo que está siempre cerca del cambio social. Pero ¿no sería comprensible que los jóvenes fueran similares a los adultos y, por tanto, tan buenos o tan malos como ellos en la medida en que son afectados por las mismas circunstancias sociales? ¿Tenemos derecho a pedir a los jóvenes que sean más comprometidos, solidarios, responsables, cívicos que sus adultos contemporáneos? Por otro lado, la configuración actual de la edad juvenil como separada de la edad adulta puede producir que el paso a la vida adulta implique un cambio radical en los jóvenes, de forma que “lo que son” no refleje “lo que van a ser”. De este modo, no habría que preocuparse tanto de las manifestaciones del comportamiento juvenil, siempre dentro de unos límites, como de asegurarnos de una adecuada transición a la vida adulta.

Por tanto, cabe la posibilidad de que las nuevas generaciones, una vez instaladas en el estatus adulto, presenten unas actitudes diferentes de las que tenían en su juventud, y más similares a las de sus mayores cuando tenían la misma edad. Igualmente, también es posible pensar que algunos cambios sociales afecten a toda la población en algunas actitudes concretas y no sólo a los jóvenes. Con estos argumentos quedan configurados tres parámetros de comparación que habitualmente no son tenidos en cuenta en su conjunto en los estudios de juventud y que serían determinantes para formarnos una imagen cabal de la juventud de cada momento: la comparación estática entre jóvenes y adultos, la comparación entre diversas cohortes de jóvenes y a evolución de los diferentes grupos de edad.

En este trabajo centramos la atención en aquellos estudios que mejor nos pueden ilustrar sobre estas cuestiones: los estudios subculturales, los estudios de juventud y los estudios longitudinales de actitudes y valores que han intentado dar respuesta a la evolución de las diferencias entre jóvenes y adultos.

## 2. EL ESTUDIO DE LAS SUBCULTURAS JUVENILES

Como ocurrió con otros fenómenos relacionados con los jóvenes, el interés por las subculturas

de éstos comenzó a partir de la vinculación de ciertas agrupaciones juveniles con problemas sociales, sobre todo la delincuencia. Al captar estos significados, los diferentes autores trataban de dotar de sentido a la actividad delincencial de las bandas juveniles, posicionándose de paso respecto a la opinión general dominante sobre los adolescentes de clase trabajadora que les criminalizaba y responsabilizaba de casi todos los males de la sociedad. Así, las explicaciones norteamericanas de los años cincuenta y sesenta (Merton, Cohen, Miller, Cloward y Ohlin, etc.) continuaron afirmando el carácter de clase de la delincuencia (asociándola a las clases bajas), de las bandas de delincuentes, que crean una subcultura delincuente basada en normas y valores diferentes de los de la sociedad general. La anomia y frustración eran los factores conducentes al comportamiento delictivo en las bandas de jóvenes (Blanco, 1990).

La escuela de Birmingham (Cohen, Clarke, Willis y Hargreaves, entre otros) sacó en los años sesenta y setenta definitivamente el estudio de las subculturas juveniles del ámbito de la delincuencia, las desproblematizó socialmente minimizando la importancia de los comportamientos ilícitos y les dio un carácter más simbólico que práctico. Estos autores recogieron la diferencia entre subculturas juveniles propias de la clase trabajadora y aquellas otras de clase media. Se llegó así a la diferenciación entre diversos tipos de subculturas juveniles. En concreto, Brake (1985) distingue cuatro: la juventud “respetable”, conformista o normal; la juventud delincuente (de clase baja); los rebeldes culturales (bohemios) y la juventud militante (política).

Por otra parte, la década de los sesenta trajo consigo la aparición de la “contracultura”, esto es, las subculturas juveniles que rechazaban el orden social establecido y proponían una sociedad diferente basada en valores renovados. Fueron entendidas como manifestaciones de la cultura de una nueva generación que expresaba unos valores distintos y que representarían el futuro de la sociedad. Sin embargo, los análisis sociológicos pusieron de manifiesto el origen de clase media mayoritario de esta contracultura, impulsada sobre todo por estudiantes sin demasiada preocupación por su futuro laboral.

En sus diferentes variantes, las explicaciones subculturales han utilizado dos repertorios discursivos distintos acerca de la relación entre actitudes y valores juveniles y adultos. En primer lugar, el origen de clase de las subculturas juveniles nos indica una importante continuidad entre actitudes y valores juveniles y adultos, eso sí, segmentados por cla-

se social. Esto no invalida las diferencias generacionales, pero las limita en su importancia y las circunscribe a los grupos de clase. Aplicando este argumento al caso español, llama la atención que no es tan sencillo diferenciar las subculturas juveniles por su procedencia de clase. Hay que tener en cuenta en este sentido que los jóvenes españoles se adhieren a modelos simbólicos importados en general del Reino Unido, laboratorio donde se ha configurado la mayor parte de la creación subcultural juvenil desde el fin de la Segunda Guerra Mundial. En esta importación se pierden parte de los significados originales de la subcultura y se reconstruyen para dotarles de sentido desde nuestra realidad. De hecho, en investigaciones realizadas en nuestro país sobre tribus urbanas o subculturas juveniles no queda clara la homogeneidad de clase social de unos u otros estilos juveniles (Fernández Villanueva *et al.*, 1998; Adán, 1996; Zamora, 1993).

En segundo lugar, el análisis de las subculturas juveniles pone de manifiesto la existencia de formaciones culturales que no sobreviven a la edad adulta. Se trataría, pues, de construcciones simbólicas específicas de la edad juvenil que los individuos abandonan, en buena medida, al incorporarse a su estatus adulto. En este sentido, las diferencias individuales y grupales en la adscripción subcultural juvenil sirven de diferenciación entre jóvenes y después pierden su función y desaparecen (Revilla, 1998). Podríamos decir, incluso, que mientras que en los adultos la diferenciación intra-grupo ocurre fundamentalmente en términos sociolaborales, en los jóvenes esta diferenciación tiene lugar en buena medida a través de estos contenidos estilísticos específicos; tal es la importancia que los jóvenes suelen conceder en su discurso a estas etiquetas estilísticas, subculturales. Si entendemos, siguiendo a Taylor (1989), que cada identidad lleva asociada marcos referenciales (criterios valorativos) específicos, entonces el abandono de las identidades específicamente juveniles podría tener como consecuencia la renuncia a las actitudes y los valores juveniles en beneficio de marcos normativos adultos.

Sin embargo, las subculturas juveniles no son más que la "juventud visible" (Adán, 1996). Una mayoría de los jóvenes no se consideran adscritos a ninguna subcultura juvenil, sino que comparten un estilo juvenil común, una subcultura general de todos los jóvenes. De hecho, la teoría subcultural ha distinguido tradicionalmente entre "la subcultura juvenil", común a todos los jóvenes, y "las subculturas juveniles" como los modos de expresión peculiar de ciertos grupos de jóvenes. Pero del mis-

mo modo que los rasgos subculturales específicos pueden desaparecer con el paso al estatus adulto, también los rasgos propios de la subcultura juvenil (general) podrían estar llamados a desaparecer.

En todo caso, quizá lo más probable no sea que todo lo juvenil perdure en el cambio de estatus, lo cual reforzaría las explicaciones generacionales (según las cuales, las generaciones se diferencian en cuanto a sus valores y actitudes), ni que todo desaparezca, lo cual reforzaría las explicaciones del ciclo vital (según las cuales, los valores y las actitudes de los jóvenes se mantienen sólo mientras perdura la juventud). Más verosímil parece que buena parte de lo juvenil desaparezca, pero que una parte importante permanezca, lo que daría lugar a características peculiares de cada generación. A su vez, estos elementos generacionales, junto con elementos específicos del ciclo vital, interactuarían con los cambios sociales que se van produciendo y que afectan a toda la sociedad.

### 3. LOS ESTUDIOS DE JUVENTUD

Los estudios de juventud no han acometido la labor de discriminar estas explicaciones (que bien subrayan la importancia de las generaciones como factor explicativo de cambios de actitudes, bien la diluyen como efecto del ciclo vital, bien la matizan en función de cambios sociales generales que afectan tanto a las generaciones de jóvenes como de adultos). Antes bien, los estudios de juventud han respondido a demandas sociales que instaban a estudiar la juventud para comprenderla. La forma característica de los primeros estudios juveniles son los informes nacionales, que pretenden ser representativos de la situación y el pensamiento de la juventud en distintos países europeos. Así se han estudiado los valores democráticos, las actitudes hacia el trabajo, hacia la familia, hacia comportamientos considerados peligrosos, etc. Esta necesidad de información sobre la juventud se intensifica también con la aparición de ciertas conductas juveniles, algunas violentas, que inquietan a los representantes de los poderes públicos y les conducen a solicitar investigaciones que arrojen luz sobre esos fenómenos.

Pero las investigaciones que se generan a partir de estas demandas son muy amplias; a menudo, los informes generales de juventud carecen de objetivos específicos y no establecen comparaciones entre jóvenes y adultos. Aun cuando se

ha acumulado un conjunto importante de datos sobre diferentes aspectos de la vida de los jóvenes y sus actitudes, de ellos no ha surgido una imagen clara y sintética, sino plurifacética y desordenada (Kloskowska, 1988). Se tiende a generalizar en exceso los resultados, al no compararlos ni con otros grupos de edad ni con grupos generacionales anteriores. Las interpretaciones acerca de la situación y condición juveniles no suelen ofrecerse en el marco adecuado, que no es otro que el de la sociedad en su conjunto. ¿Qué sentido tiene, por ejemplo, afirmar que los jóvenes muestran una actitud apática hacia la política, mantienen actitudes sociales más liberales, etc., si los datos se refieren exclusivamente a muestras de jóvenes, sin contemplar las opiniones de los adultos de ese momento ni las de otras generaciones de jóvenes? (Dekker y Ester, 1988; Revilla, 2001).

Habría que matizar que, si bien no se efectúan comparaciones con garantías metodológicas, sí se introducen referencias comparativas intuitivas, ensayísticas, apoyadas en la visión más o menos idealizada de generaciones anteriores. Así, la juventud de las encuestas de los años cincuenta aparece como pasiva y apolítica, funcional y orientada al progreso frente a una visión proyectada de la juventud de los años veinte y treinta como comprometida y movilizadora políticamente (Allerbeck y Rosenmayr, 1979). Sin embargo, con la llegada de las movilizaciones políticas de los años sesenta se responsabilizó a la técnica de la encuesta de no haber sido capaz de anticipar la posibilidad de desviación de unos jóvenes aparentemente tan integrados y conformistas (Kloskowska, 1988).

En España, la investigación sociológica sobre la juventud tuvo un desarrollo similar, aunque más tardío y condicionado en sus objetivos por el régimen autoritario franquista<sup>1</sup>. Los objetivos cambiaron con la transición democrática: la extensión de los valores político-democráticos, la mejora de la situación socioeconómica de los jóvenes, el fomento de algunos comportamientos (asociacionismo) y la eliminación de otros (consumo de drogas, delincuencia). Pero, al igual que algunas décadas antes había ocurrido en otros países, los primeros esfuerzos de la sociología de la juventud española encajan bien en la categoría de "monocultivo de estudios-encuesta" de opiniones y actitudes sin objetivos claros y con una casi total ausencia de estudios estructurales (Díaz, 1989). Estos estudios

<sup>1</sup> Por ejemplo, la preocupación por las causas de las revueltas universitarias y las protestas públicas. Véase Sáez Marín (1995).

eran de carácter tan general que no conseguían generar información pormenorizada sobre diferentes aspectos relevantes, y de carácter tan transversal que no permitían profundizar en los elementos procesuales y dinámicos del cambio intergeneracional. El último *Informe Juventud en España* (Aguinaga et al., 2005) constituye un ejemplo más de la ausencia de una perspectiva comparativa, pues en su análisis apenas se utilizan los datos ya disponibles de informes de juventud anteriores. Este informe proporciona un retrato más, quizá más detallado y elaborado estadísticamente que otros anteriores, de la juventud del momento, con lo que se potencia la caducidad de los datos.

Por otra parte, el tipo de enfoque predominante en los estudios de juventud es congruente con la tendencia de la sociología general a explicar las diferencias de edad en términos de diferencias generacionales. Tal vez ello se deba a la influencia de la corriente generacionista, que utilizó el concepto de "generación" para pensar la sociedad y cuyos máximos exponentes fueron Ortega y Gasset y Mannheim. El primero formuló una teoría histórica del cambio social en la que el sujeto histórico no era el proletariado, como clase social, sino la juventud, como generación, de forma que el conflicto generacional relevaba a la lucha de clases como motor de la historia. La aproximación generacionista se revitalizó en los años sesenta, cuando se percibió a la nueva generación joven como "clase revolucionaria" (Aranguren, 1982), portadora de los nuevos valores sociales que habrían de transformar la sociedad occidental. Así, aparece como innegable esa función de transformación social que necesariamente la juventud ha de cumplir y a la que, por tanto, cabe responsabilizar si aquella no se produce. Pero estos planteamientos suponen un olvido de las cautelas de los generacionistas, pues no cabe razonablemente pensar que la juventud, como grupo de edad homogéneo y unido, estuviera implicada en tales transformaciones, sino que fueron determinadas unidades generacionales quienes se movilizaron y alcanzaron notoriedad social.

#### 4. LOS ESTUDIOS LONGITUDINALES DE ACTITUDES Y VALORES

La posibilidad de disponer de un corpus importante de datos de encuesta ha ido permitiendo trazar las trayectorias de las diferentes cohortes de jóvenes españoles, si bien con una dificultad

importante: la falta de continuidad en los temas tratados, así como en la formulación de las preguntas y de los ítems de respuesta propuestos. En cualquier caso, cada vez es más frecuente que los nuevos estudios de juventud se refieran a la evolución de los comportamientos, las actitudes y los valores de los jóvenes respecto de estudios anteriores, especialmente aquellos realizados por la misma institución (Instituto de la Juventud, CIS, Fundación Santa María, etcétera).

Uno de los primeros estudios longitudinales sobre la juventud es el que dirigió Martín Serrano (1994). En él se pretende analizar la evolución de las mentalidades de los jóvenes entre los años sesenta y los noventa. En el capítulo introductorio, este autor distingue tres etapas axiológicas en el período de 1960 a 1990, relacionadas con cuatro generaciones de jóvenes. El interés del análisis de Martín Serrano es enorme dada la minuciosidad en la descripción, si bien se centra más en las etapas axiológicas que en las cohortes juveniles, lo que dificulta la comprensión de las características específicas de cada generación. Así, en la primera etapa axiológica existe un fuerte denominador común en torno a la elaboración de proyectos ideales, pues se trata de la época de apertura social y estallido de la subcultura juvenil como elemento de liberación en la última etapa del régimen franquista. La segunda etapa axiológica se caracteriza por la ejecución de programas políticos, en la medida en que se trata del período de transición a la democracia. La tercera etapa axiológica queda englobada entre los años 1982 y 1990, en el contexto de una situación de consolidación política y crecimiento económico, la realización personal se concibe en términos de "tener" o "poseer".

Sin embargo, esta descripción no contempla las transformaciones que se producen al tiempo en las cohortes adultas. Sin esa comparación, no es posible valorar adecuadamente las características de las sucesivas juventudes. La juventud podría estar nada más que reflejando de una forma más acentuada algo que estaría ocurriendo de forma generalizada. Por otra parte, tampoco se contempla la posibilidad de que las actitudes de los jóvenes se transformen cuando lleguen a la edad adulta, con lo que sus actitudes como jóvenes no nos dirían mucho de cómo son como adultos. Es bien cierto que en los análisis concretos que están incluidos en el mismo volumen (por ejemplo, los de Alaminos y Requena) se utilizan datos de encuestas de población general, pero no se acomete con suficiente detalle un análisis de cohortes que permita establecer diferencias entre las tres

explicaciones arriba esbozadas: la que afirma la importancia de la generación para explicar las diferencias de opiniones y actitudes entre jóvenes y adultos, la que insiste en que tales diferencias se diluyen con el tránsito a la edad adulta y la que destaca el impacto de la transformación social a la que todas las generaciones están sometidas como factor explicativo.

Son varios los autores que han contemplado la posibilidad de estas otras explicaciones que venimos señalando. Así, Requena y Benedicto (1988) se refirieron a la hipótesis de la madurez en oposición al efecto de las generaciones, aunque finalmente se inclinaron por esta última en sus interpretaciones. Kerhofs (1994) desechó igualmente la significatividad de lo que denomina "el ciclo de vida". Sin embargo, pensamos que no es tan sencillo desestimar la posibilidad de la existencia de un efecto de ciclo vital, especialmente cuando la vivencia de los mundos juveniles implica una cada vez mayor separación de los mundos adultos, al menos en algunos aspectos.

Andrés Orizo (1995, 1996), en línea con los estudios internacionales de análisis de cohortes (por ejemplo, Glenn 1979), llega incluso a exponer exactamente los tres efectos de la edad característicos del análisis de cohortes: a) efecto del ciclo vital; b) efectos generacionales o de cohorte; c) efecto de período. En su análisis del sistema de valores de la sociedad española de los noventa, examina las actitudes y los valores de los diferentes grupos de edad. Si bien la descripción que realiza de nuestra sociedad tiene gran valor, no explota la potencialidad de esta diferenciación por edades por una cuestión metodológica: considera que se necesitarían de 30 a 40 años para poder establecer interpretaciones suficientemente fundadas, mientras que las series que analiza no alcanzan más que 13 años. A pesar de ello, logra poner de manifiesto, por ejemplo, la peculiar situación de los adolescentes, cuyas actitudes y valores suelen situarse en una posición intermedia a las de jóvenes y adultos, lo cual es un claro reflejo de una posición particular en el ciclo vital.

Más recientemente, Moral y Mateos (2002) han llevado a cabo el primer intento (que conocemos) desde la sociología de la juventud de tratar de distinguir entre el papel de la generación y el del ciclo vital en la evolución de las actitudes y los valores de los jóvenes. Así, el papel del ciclo vital se aprecia en la evolución de las actitudes a lo largo del período juvenil. Por ejemplo, se observa cómo el porcentaje de españoles que conside-



ran al matrimonio como una institución vigente aumenta de forma continua con la edad, al menos hasta los 37 años (edad máxima que consideran los autores). Sin embargo, su análisis presenta una carencia fundamental al no considerar al resto de los grupos de edad. Esto hace imposible saber si los cambios de los jóvenes se deben a procesos de mayor calado que influirían en toda la sociedad o, por el contrario, son cambios propios de ese grupo juvenil. Estos autores también se encuentran con otro obstáculo inevitable: la escasa profundidad longitudinal de muchos de los ítems que analizan.

tentativo, la labor de discernir entre estas tres posibles interpretaciones del efecto de la edad en las actitudes de la población española. Si es verdad que esta labor no resulta nada sencilla, en la medida en que es difícilmente reducible a elaboraciones estadísticas que nos permitan conocer con exactitud la contribución de cada uno de estos efectos, merece la pena avanzar en esta dirección con análisis como el que presentamos a continuación. De acuerdo con Glenn (2003), a partir del análisis detallado de los datos, del sentido común y de algunos planteamientos teóricos, cabe llegar a conclusiones que discriminen entre estos efectos, aunque para ello no exista una fórmula establecida.

### 5. UN ANÁLISIS PRELIMINAR DE LAS DIFERENCIAS DE OPINIONES Y ACTITUDES ENTRE JÓVENES Y ADULTOS

De todo lo anterior se desprende la posibilidad de diferenciar entre tres posibles explicaciones (o efectos) de las diferencias por edad en las actitudes de la población española:

– *Efectos de generación*, producto de la parcialmente distinta socialización recibida por las nuevas generaciones y que ha de traducirse en unos porcentajes particulares de adhesión a unos u otros ítems de encuesta, diferentes de las demás cohortes de edad consideradas a igualdad de posición vital (misma edad).

– *Efectos del ciclo vital*, producto de la particular condición de la juventud (de dependencia de los adultos y de demanda de una autonomía no siempre atendida), así como de la existencia de una realidad simbólica particular escindida de lo adulto. Todo ello habría de llevar a similares actitudes a las anteriores y posteriores generaciones consideradas a la misma edad y/o a similares diferencias respecto de los demás grupos de edad.

– *Efectos de período*, producto de los cambios sociales que afectan a todos los grupos de edad, produciendo un aumento o disminución similar en todas las cohortes en los porcentajes de adhesión a los diferentes ítems actitudinales.

Aun coincidiendo con la limitación, señalada por Andrés Orizo, que impone la falta de series longitudinales más amplias, consideramos que la sociología española comienza a tener una profundidad suficiente para acometer, siquiera en grado

Así pues, los resultados del análisis que exponemos a continuación tienen la pretensión de un primer acercamiento, de comenzar a distinguir entre lo que puede ser consecuencia del paso de una generación a otra, lo que puede ser consecuencia de la condición particular de la juventud en la época actual y lo que afecta por igual a todos los grupos de edad en un momento dado. En concreto, en la casi totalidad de los datos de encuesta que vamos a valorar se cubren dos décadas, desde inicios de los años ochenta hasta el año 2000. Aunque se dispone de datos de encuestas anteriores, la diferente formulación de los ítems hace que, en general, resulte prácticamente imposible la comparación fiable. Teniendo en cuenta estas limitaciones, aquí nos circunscribiremos a analizar algunos ítems de encuesta relacionados con actitudes sociopolíticas, a modo de ejemplo, para apreciar la potencialidad de este tipo de análisis. También existen dificultades con las encuestas más tempranas (como la de 1981), toda vez que no se dispone de datos brutos, lo que dificulta el análisis por cohortes de edad.

Más concretamente, nos vamos a fijar en algunas actitudes y valores políticos, normas sociales y creencias religiosas, en la medida en que pueden ejemplificar muy bien el tipo de análisis que proponemos. Las actitudes y los valores políticos representan quizá uno de los ámbitos en los que se podría suponer que las nuevas generaciones de la sociedad española presentan una serie de opiniones distintas de las anteriores, y así lo mostrarían en las encuestas de opinión, debido en buena medida a la tan diferente socialización política recibida por los españoles a lo largo de las últimas décadas. Se ha pasado de estar sometido a unos principios autoritarios a ser socializados en los derechos y deberes propios de un sistema democrático. Por tanto, cabría esperar que predominase el “efecto de generación”: los más jóvenes

darían respuestas diferentes de las generaciones anteriores, y tenderían a mantenerse en esa posición diferente a lo largo de su decurso por la edad adulta. Esto resulta ser así para buena parte de las cuestiones relacionadas con la política y el sistema democrático. Sin embargo, en otros casos vemos que es posible postular un "efecto de ciclo vital", esto es, que las generaciones se van posicionando en distintos lugares, relativos a los demás grupos de edad, según van pasando por las diversas etapas vitales.

La actitud de la población española hacia la política es, en principio, bastante negativa; cabe afirmar incluso homogéneamente negativa. El interés que despierta la política es siempre más bien bajo, y la población se posiciona a este respecto de una manera similar y consistente en todas las generaciones, lo que parece indicar un predominio del "efecto de ciclo vital". Así, el interés por la política, siendo siempre bajo, aumenta desde los 15 años hasta algún momento entre los 25 y 39 años, tramo de edad en el que encontramos el máximo interés. A continuación, el interés disminuye continuamente hasta alcanzar entre los mayores de 60 años unas cotas similares a las encontradas entre los adolescentes<sup>2</sup>.

El gráfico 1 permite apreciar también un cierto "efecto de período", de tipo no lineal, que iría en la dirección de un interés progresivo por la política desde los años sesenta hasta principios de los ochenta (máximo en 1981), un posterior decrecimiento de ese interés (1989, 1994) y una cierta recuperación en el entorno del año 2000. Esto sería congruente con lo que se ha visto en otros trabajos (por ejemplo, Alaminos, 1994), en los que se apunta como explicación el distanciamiento de la política que produjo la dictadura de Franco, al que

<sup>2</sup> Es importante señalar que existen dos tipos de formulaciones de esta pregunta. En una de ellas se pregunta por el grado de interés por la política, siendo las respuestas posibles "mucho", "bastante", "poco" y "nada" (mostrados con línea continua en el gráfico). En la segunda, se pregunta por la frase que mejor define su interés por la política, ofreciendo varias respuestas graduadas: "tengo un interés activo en la política", "tengo interés, pero no participo", "mi interés no es mayor que por otras cosas" y "no estoy interesado en absoluto por la política" (las encuestas en las que se formuló esta última pregunta aparecen marcadas con asterisco y en línea discontinua). En el gráfico aparecen los porcentajes sumados de las dos respuestas que implican un interés importante por la política. La ausencia de discrepancias relevantes en los resultados obtenidos a partir de esas distintas formulaciones nos anima a utilizarlos conjuntamente, si bien con cautela.

sucedió un interés mayor en los momentos de transición política. Una vez consolidada la democracia (años ochenta), se habría producido un cierto desencanto en la población con la política real. ¿Está relacionada la cierta recuperación del interés por la política en el año 2000 con la polarización que preside desde hace ya algunos años la realidad política española?

Un segundo elemento interesante al que apuntan los datos es el retraso de la edad a la que se registra el máximo interés por la política, que, tal como se aprecia en los datos de la encuesta del año 2000, ahora encontramos en las personas que han cumplido los 40 años. De hecho, la recuperación del interés por la política que apuntábamos se produce en mucha menor medida entre los jóvenes, siendo especialmente importante en los grupos de edad adulta. Esto sería congruente con el retraso del acceso de la juventud a la vida adulta que se ha apreciado en otros indicadores. Eso sí, resulta curioso que la misma cohorte que mostraba mayor interés por la política en el año 1981 sea la que presenta este máximo de interés en el año 2000. Esta evidencia sugiere la existencia de un cambio social que haya influido especialmente en esa cohorte de edad por su propia trayectoria.

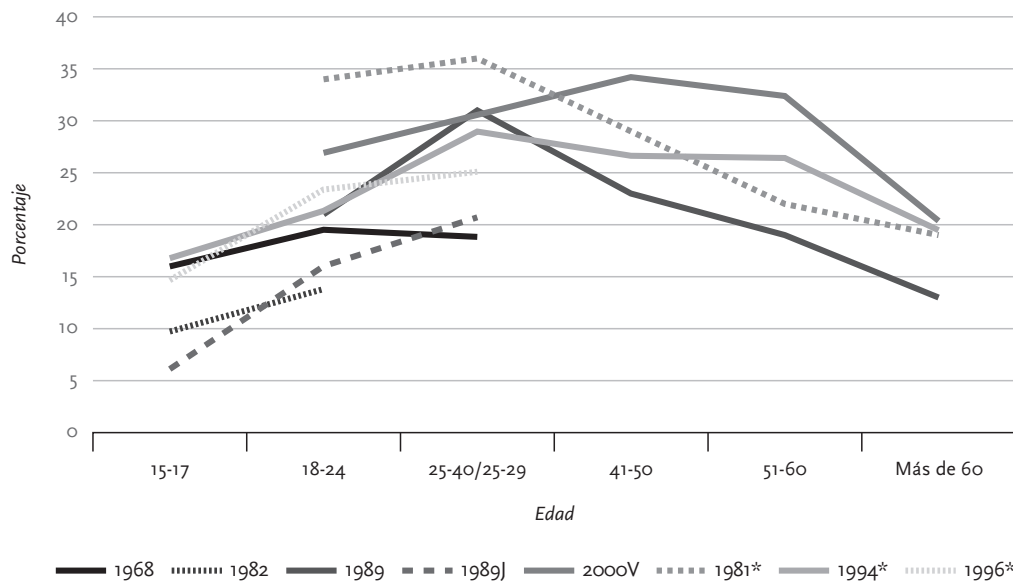
La elección entre dos valores políticos clave como la libertad y la igualdad ofrece asimismo la posibilidad de realizar un análisis similar (gráfico 2). Lo primero que destaca al analizar los datos correspondientes es el "efecto de período", pues se ha acentuado en todos los grupos de edad la preferencia por la libertad sobre la igualdad. Esto podría leerse como una deserción mayor de los espacios públicos de la igualdad hacia los espacios privados de la libertad, en línea con otros planteamientos que están poniendo de relieve el progresivo énfasis en lo individual frente a lo colectivo<sup>3</sup>. Se observa también un cierto "efecto de ciclo vital", en cuanto que son los jóvenes quienes más enfatizan la libertad, mientras los adolescentes (menores de 18 años), más preocupados por la comparación con sus iguales por la posibilidad de salir desfavorecidos de ella, prefieren la igualdad. En este sentido, se aprecia cómo el máximo de preferencia por la libertad se ha retrasado: de situarse en el entorno de los 18-24 años (1981, 1987) ha pasado a identificarse en el grupo de los 25-40 años (1994, 2000).

Sin embargo, las formas de acción política están claramente mediatizadas por la variable

<sup>3</sup> Para el caso español, véase, por ejemplo, Béjar (1988).

GRÁFICO 1

INTERÉS POR LA POLÍTICA: PORCENTAJE DE INTERÉS ALTO



Fuente: Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS), Estudios 1.031 (1968), 1.263 (1981), 1.314 (1982), 1.788 (1989), 1813 (1989, encuesta a jóvenes), 2.107 (1994) y 2.221 (1996). Los datos del año 2000 proceden de la Encuesta Mundial de Valores<sup>4</sup>.

“edad” en lo que se refiere a aquellas acciones consideradas legítimas en una democracia, como “firmar una petición”, “participar en una manifestación” o “participar en una huelga” (gráfico 3)<sup>5</sup>. El análisis de estas formas de participación parece indicar un “efecto del ciclo vital”, dada la estabilidad de esta estructura de datos. Pero ¿qué pasará cuando las generaciones del tardofranquismo alcancen

<sup>4</sup> En las primeras dos encuestas (1968 y 1981) sólo se disponen de los marginales, por lo que la recodificación de la variable “edad” ha tratado de ajustarse a los grupos de edad que aparecían entonces, con el ánimo de conseguir que los resultados fueran comparables.

Agradecemos la insustituible labor de las instituciones responsables de los datos que empleamos, especialmente al CIS.

<sup>5</sup> En este caso también tenemos formulaciones diferentes que dan lugar a resultados similares. Para hacer comparables los datos, sumamos los porcentajes de todos los ítems de respuesta que implican aprobación de la acción política. Los ítems de respuesta varían entre “aprueba-desaprueba” (línea continua), “ha hecho-podría hacerlo-nunca lo haría” (línea de puntos) y “lo ha hecho y volvería a hacerlo-lo ha hecho, pero no volvería a hacerlo-no lo ha hecho, pero lo haría-no lo ha hecho ni lo haría” (línea discontinua).

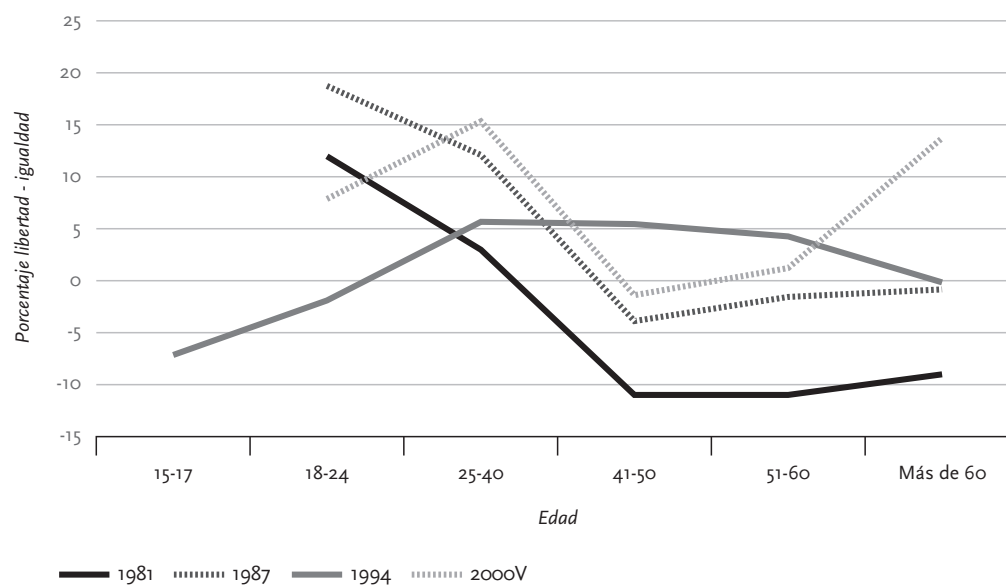
la edad de jubilación? ¿Seguirán mostrando porcentajes tan bajos como los de las generaciones anteriores o mantendrán los porcentajes que registraban en su juventud? Por el momento, los datos apuntan en esta segunda dirección: las cohortes se estabilizan en la actitud que mantuvieron en su juventud, por lo que estaríamos hablando de un “efecto de generación”. Esto es, son las generaciones socializadas en la democracia las que han asumido como totalmente normales estas actuaciones políticas, y no tanto las generaciones anteriores, lo que se refleja en los porcentajes superiores de aprobación de estas últimas. El hecho de alcanzar la vejez no habría de reducir el efecto de esa socialización y vivencia en una sociedad democrática en la que estas formas de acción política son absolutamente legítimas y habituales.

La variable “edad” es determinante también en lo que respecta a las normas sociales, al menos en cuanto a la justificación de una serie de comportamientos que se vienen considerando en las encuestas sociológicas, como la homosexualidad, el divorcio y el aborto. Los mayores integran el grupo de edad que siempre justifica en menor medida



GRÁFICO 2

LIBERTAD VS. IGUALDAD



Fuente: CIS Estudios 1.263 (1981), 1.703 (1987), 2.105 y 2.107 (1994). Los datos del año 2000 proceden de la Encuesta Mundial de Valores (El eje de ordenadas recoge la diferencia entre los entrevistados que, puestos ante la alternativa, expresan su preferencia por la libertad y quienes se inclinan por la igualdad).

este tipo de comportamientos, aumentando su aceptación inversamente con la edad. La diferencia se situaría en el momento en que se observan los índices más altos de justificación, que, según el comportamiento por el que se pregunte, varía entre los 15 y los 40 años. Cuando a lo largo de un período la distribución por edad se mantiene de la misma forma, con un determinado grupo en la máxima justificación, descendiendo progresivamente hasta llegar a la mínima justificación, hemos de pensar en la influencia de un "efecto de ciclo vital", lo cual implica que los jóvenes cambian de opinión sobre tales cuestiones cuando se incorporan a la edad adulta. Cabe relacionar este efecto de ciclo vital con la situación particular de los jóvenes, que reivindican la libertad del comportamiento personal en algunas cuestiones, pero cuando pasan a la vida adulta les parecen moralmente más cuestionables y así menos justificables.

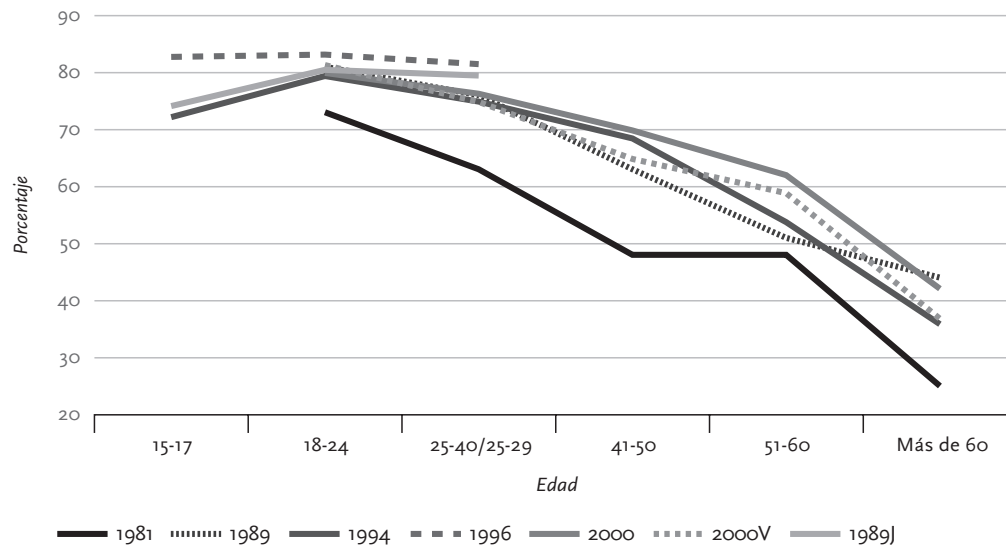
En algunos ítems se aprecian variaciones importantes similares en todos los grupos de edad, lo que provee respaldo al argumento basado en el "efecto de período". Esto ocurre respecto de comportamientos como la homosexualidad, el aborto,

la prostitución, la eutanasia y el divorcio, los cuales forman parte de un mismo factor en un análisis factorial realizado de todos ellos. Se aprecia así un progresivo aumento de la justificación de estos comportamientos, llegando en algún caso a convertirse en comportamientos cada vez más aceptados, como la homosexualidad (gráfico 4). Se trata de cuestiones que vienen revestidas de un componente moral importante y que han sido y son objeto de debates sociales a veces enconados y, con frecuencia, objeto de atención legislativa. Este "efecto de período" estaría mostrando cómo la sociedad española en su conjunto, aunque siempre más los jóvenes, ha quebrado de forma significativa la solidez de la moral tradicional heredada y caminado en la dirección de una mayor tolerancia hacia actuaciones que conciernen a la libertad personal.

Bien es verdad que la importancia de este "efecto de período" hace pensar en la posibilidad de que las siguientes generaciones mayores mantengan en buena medida la mayor justificación que mostraron cuando jóvenes. Solamente cubriendo un mayor período de tiempo será posible apreciar si el "efecto de ciclo vital" se mantiene en la forma actual.

GRÁFICO 3

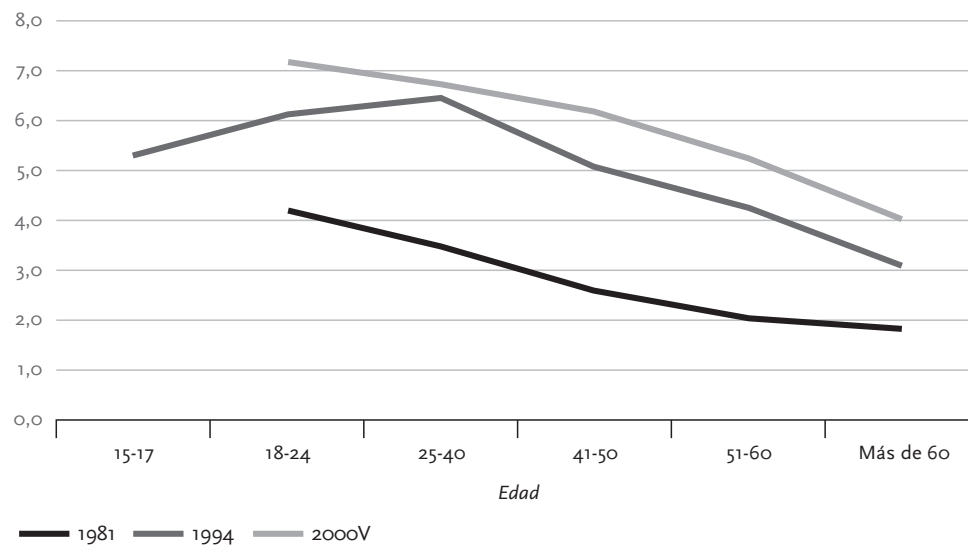
PARTICIPACIÓN EN MANIFESTACIONES: PORCENTAJE DE APROBACIÓN



Fuente: CIS Estudios 1.263 (1981), 1.788 (1989), 1813 (1989, encuesta a jóvenes), 2.105 y 2.107 (1994), 2.221 (1996) y 2.387 (2000). Los datos referidos como 2000V proceden de la Encuesta Mundial de Valores.

GRÁFICO 4

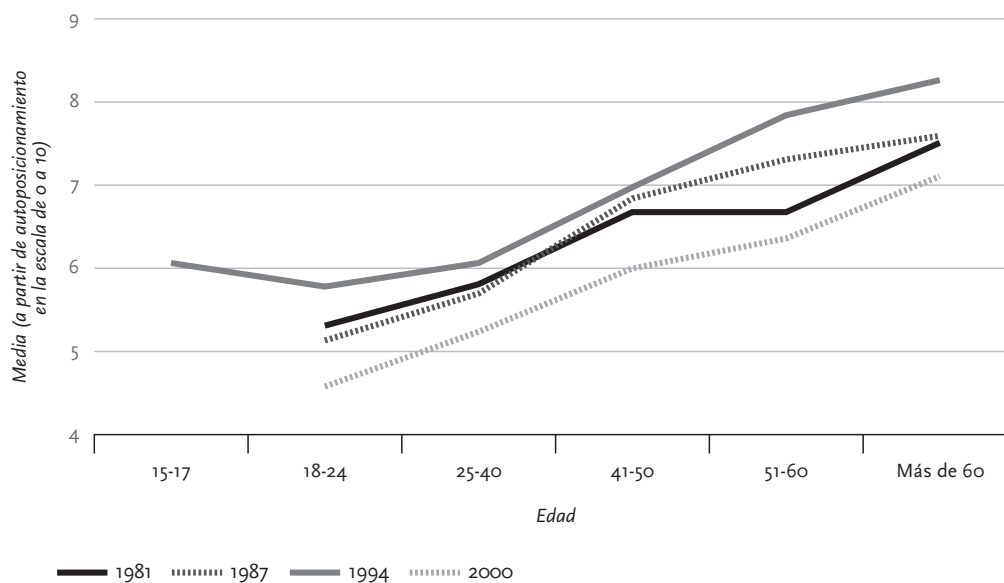
GRADO DE JUSTIFICACIÓN DE LA HOMOSEXUALIDAD



Fuente: CIS Estudios 1.263 (1981), 2.105 y 2.107 (1994). Los datos referidos como 2000V proceden de la Encuesta Mundial de Valores.

GRÁFICO 5

IMPORTANCIA DE DIOS EN LA VIDA



Fuente: CIS Estudios 1.263 (1981), 1.703 (1987), 2.105 y 2.107 (1994) y 2.387 (2000).

En cuanto a las creencias religiosas, hemos analizado dos ítems, la importancia de Dios en la vida personal (medida en una escala de 0 a 10) y el grado de religiosidad de los individuos (porcentaje de personas que se declaran religiosas), siendo los resultados extraordinariamente similares. Como en cuestiones anteriores, las respuestas se organizan de forma similar a lo largo del eje de la edad, si bien en este caso las puntuaciones mayores se observan en los grupos de edad superior.

En efecto, son las cohortes de mayor edad en cada momento las que muestran un mayor grado de religiosidad, mientras que el menor grado de religiosidad se encuentra en el entorno de 18 a 24 años. Si analizamos estos datos en términos de un "efecto de ciclo vital", podríamos afirmar que los menores de edad estarían recibiendo todavía directamente la influencia de sus progenitores, una mayor religiosidad, de la cual se emancipan al avanzar en la etapa juvenil. La vitalidad de los jóvenes podría traducirse en un menor interés por lo sobrenatural y un mayor énfasis en la vivencia del mundo sensible, producto del hedonismo juvenil. Las cohortes mayores parecen recuperar la socialización religiosa recibida con la consecuente

revitalización de la vivencia religiosa. Qué subyace a esta aparente revitalización (preocupación por la trascendencia, miedo a la muerte, o deseo de transmitir a las nuevas generaciones la tradición religiosa) es algo sobre lo que estos datos no permiten más que especular.

En cualquier caso, lo que también se vislumbra es un sorprendente efecto período, en la medida en que entre 1981 y 1994 se produce un aumento de la religiosidad que se pierde nuevamente en el año 2000. Es una situación que afecta por igual a todos los grupos de edad, independientemente de su nivel anterior de religiosidad. Si analizamos cada cohorte de forma independiente, se observa que el grado de religiosidad aumenta con la edad, lo que confirmaría la importancia de la posición en el ciclo vital.

6. CONCLUSIONES

Los resultados de este trabajo se inscriben en la línea de muchos de los análisis realizados por la

sociología española acerca de la evolución social de la población general, tanto jóvenes como adultos. La sociedad española ha experimentado un proceso de modernización importante que se refleja en la evolución de sus actitudes y valores, tal como ponen de manifiesto las encuestas sociológicas. Este proceso ha sido encabezado de algún modo por las nuevas generaciones que se han ido incorporando al concierto social a lo largo de las últimas décadas.

Diferentes autores, como Torregrosa (1972), López Pintor y Buceta (1975) y Martín Serrano (1994), han trazado los perfiles de este proceso de modernización de valores y actitudes a partir de la generación joven de los años sesenta, basándose bien en comparaciones de las actitudes de diversas cohortes de jóvenes, bien en la comparación entre coetáneos jóvenes y adultos. Semejante evolución ha sido descrita como un paso de valores tradicionales (deber y orden) a valores postradicionales (libertad y responsabilidad individuales)<sup>6</sup>, o hacia valores postmaterialistas (Inglehart, 1990). Por tanto, es un proceso que supera las fronteras nacionales, aunque quizá en nuestro país haya ocurrido de forma más dramática ante la evolución socioeconómica y política experimentada. Tanto Kerhofs (1994), como López Pintor y Buceta (1975) coinciden en que entre los nacidos alrededor de 1939 se produce un corte importante (jóvenes de los años sesenta), situando Kerhofs otro corte alrededor de 1960 (jóvenes de los años ochenta)<sup>7</sup>.

Nuestro análisis parcial es congruente con esta evolución desde los años ochenta hasta el 2000, en lo que hemos denominado "efecto generación". Las nuevas generaciones se muestran más próximas de aquellos valores que tienen que ver con la libertad y la responsabilidad individuales, lo que implica necesariamente todas aquellas cuestiones que marcan tolerancia hacia los diferentes. Esta modernización de los valores cívico-políticos camina paralela a una cierta secularización o desimplificación respecto de las cuestiones religiosas.

Pero esta modernización que observamos en las nuevas generaciones ha "arrastrado" a la población general en algunas de estas cuestiones, lo cual no ha sido señalado en otros estudios, pues solamente es posible observar tal fenómeno de

<sup>6</sup> Véase Harding *et al.* (1986), así como también el concepto de individualización de Díaz (1997) y Andrés Orizo (1996).

<sup>7</sup> Véase también la división por generaciones de Martín Serrano (1994).

arrastré desde un planteamiento como el empleado en este trabajo. El "efecto período", que marca la importancia del cambio social para todas las generaciones, se observa en la mayor permisividad entre los diferentes grupos de edad hacia actuaciones como el divorcio, la homosexualidad y la prostitución.

Sin embargo, conviene separar una serie de actitudes de este panorama de modernización, aquellas en las que predomina el "efecto del ciclo vital", respecto a las cuales todas las generaciones presentan resultados similares si las comparamos en el momento en el que se encontraban en parecida condición vital (misma edad). Es esta una hipótesis que se sustenta en virtud de la segregación del mundo juvenil respecto del mundo adulto; segregación que se manifiesta en una serie de construcciones simbólicas específicas, en buena medida abandonadas —al igual que los marcos normativos que las acompañan— al ingresar en el estatus adulto.

Por un lado, cabe identificar una serie de actitudes asociadas al énfasis juvenil en la libertad personal, como correlato, sin duda, del proceso de emancipación en el que se encuentran los jóvenes. Este proceso necesita de una continua reivindicación de los propios derechos, por lo que no es de extrañar que se traduzca también en las respuestas a unos determinados ítems de encuesta. Así, los jóvenes son los que prefieren con mayor frecuencia aquellos valores políticos que tienen que ver con la libertad y responsabilidad individuales, del mismo modo que prefieren en mayor medida que otros grupos de edad la libertad frente a la igualdad. Justifican asimismo más frecuentemente una serie de actuaciones, como las relacionadas con la salud (consumo de alcohol y cannabis, lo que también está relacionado con su disfrute del ocio) o la aventura extramatrimonial. Asimismo, en general, son más permisivos en todo lo que concierne a las relaciones sexuales, lo cual no ha de extrañar en un momento de descubrimiento y ensayo como el que se encuentran. Igualmente, parecen siempre los menos interesados en cuestiones religiosas, interés que parece recuperarse algo con la edad.

Para otra serie de actitudes, la estabilidad de la distribución por edad sugiere también un "efecto de ciclo vital", aunque en estos casos el máximo (o mínimo) lo encontramos en el tramo de edad de 30 a 39 años, es decir, en el momento de máxima vitalidad tanto en la vida privada como pública. Esta plenitud se alcanza, por ejemplo, en la vida pública (máximo interés por la política, aun siendo bajo como es la tónica general). Los jóve-



nes no pueden alcanzar esa plenitud mientras no concluyan su proceso de emancipación. Quizá no puedan interesarse tanto por una política en la que sientan carecer prácticamente de influencia. Por otra parte, los más mayores se van progresivamente desimplicando de todos estos ámbitos de la vida, sea por pérdida de la ilusión en su capacidad de intervención en ellos, sea porque resultan poco a poco desplazados del centro de toma de decisiones relevantes en tales ámbitos.

Todas estas conclusiones, como hemos advertido, han de ser tomadas con precaución, pues sólo la evolución temporal podrá confirmar la fuerza de la posición en el ciclo vital frente a la del cambio generacional. Además, la situación puede variar igualmente con el paso del tiempo: la condición juvenil puede sufrir alteraciones en algunos aspectos, lo cual modificaría posiblemente su posicionamiento actitudinal, del mismo modo que la evolución social puede cambiar de contenido o de protagonistas.

En concreto, el proceso de modernización podría finalizar en algún momento, produciéndose bien una estabilización, bien un cambio en otra dirección. Algo de esto hemos encontrado en el análisis de las actitudes de la última cohorte de jóvenes de los años noventa respecto de los datos del 2000. Así, hemos advertido (como ya apuntaron Villalaín *et al.*, 1992) que en determinadas cuestiones se produce una ruptura de la evolución lineal que conducía a cada nueva generación a situarse en una posición cada vez más lejana de la tradición y más moderna en el sentido aquí apuntado. En algunos casos se aprecia en los jóvenes de los noventa simplemente una estabilización a un nivel similar al de cohortes anteriores. Pero en otros se observa, en cambio, un aumento, si bien ligero, de las actitudes que hemos considerado más tradicionales. Esto se apunta en las respuestas relativas al apoyo de movimientos sociales (aumenta la aprobación de los movimientos pro-vida y patrióticos), las cualidades para la educación de los hijos y muchas de las actitudes religiosas. Sin embargo, los jóvenes del 2000, también los adultos, han recuperado en otros asuntos actitudes similares a los jóvenes de los ochenta. Quizá nos falte algo de perspectiva para conocer a qué responde esta discontinuidad en la evolución de las actitudes.

De lo que estamos más seguros es que, desde el punto de vista del presente trabajo, la sociología de la juventud, tradicionalmente separada de la sociología general, ha de tender necesariamente puentes con esta última como paso ineludible

para superar las limitaciones que presenta en el momento presente. Solamente comparando a los jóvenes de hoy con los jóvenes del pasado, así como con adultos anteriores y coetáneos, es posible poner en relación la gran cantidad de datos valiosos que ha generado a lo largo de las últimas décadas la sociología de la juventud.

## BIBLIOGRAFÍA

- ADÁN REVILLA, T. (1996), *Ultras y skinheads. La juventud visible*, Oviedo, Nobel.
- ALAMINOS, A. (1994), "La cultura política de los jóvenes", en MARTÍN SERRANO, M. (ed.), *Historia de los cambios de mentalidades de los jóvenes entre 1960-1990*, Madrid, Instituto de la Juventud.
- ALLERBECK, K. y L. ROSEN MAYR (1979), *Introducción a la sociología de la juventud*, Buenos Aires, Kapelusz.
- ANDRÉS ORIZO, F. (1995), *Dinámicas intergeneracionales. Los sistemas de valores de los españoles* (Serie "Opiniones y actitudes"), Madrid, CIS.
- (1996), *Sistemas de valores en la España de los 90*, Madrid, CIS-Siglo XXI.
- ARANGUREN, J. L. (1982), *Bajo el signo de la juventud*, Madrid, Salvat.
- BÉJAR, H. (1988), *El ámbito íntimo: privacidad, individualismo y modernidad*, Madrid, Alianza.
- BLANCO, A. I. (1990), *Bases para el establecimiento de un modelo de intervención diferencial en el campo de la delincuencia juvenil: una aproximación biográfica* (Tesis doctoral), Madrid, Universidad Complutense de Madrid.
- BRAKE, M. (1985), *Comparative youth culture: The sociology of youth culture and youth subcultures in América, Britain and Canada*, Londres, Routledge.
- DEKKER, P. y P. ESTER (1988), "Social and political attitudes of Dutch youth: Young rebels, trend setters or law-abiding citizens", *Netherlands Journal of Sociology*, 24, 1: 32-49.
- DÍAZ, A. (1989), "La caza del replicante", *Alfoz*, 62-63: 9-12.

– (1997), “Tendencias de cambio en los valores de los españoles: un análisis prospectivo”, en TEZANOS, J.F.; MONTERO, J. M. y J. A. DÍAZ, (eds.), *Tendencias de futuro en la sociedad española*, Madrid, Sistema: 289-325.

FERNÁNDEZ VILLANUEVA, C.; DOMÍNGUEZ, R.; REVILLA, J. C. y L. GIMENO (1998), *Jóvenes violentos: causas psicociológicas de la violencia en grupo*, Barcelona, Icaria.

GLENN, N. D. (1979), *Cohort analysis*, Londres, Sage.

– (2003), “Distinguishing age, period, and cohort effects”, en MORTIMER, J. T. y M. J. SHANAHAN (eds.), *Handbook of the Life Course*, Nueva York, Kluwer Academic/Plenum: 465-476.

HARDING, S.; PHILLIPS, D. y M. FOGARTY (1986), *Contrasting values in Western Europe. Unity, diversity and change*, Londres, Macmillan.

INGLEHART, R. (1990), *Cultural shift in advanced industrial society*, Princeton, Princeton University Press.

KERHOF, J. (1994), “Evolución de los valores en Europa entre 1980 y 1990”, en KAIERO URÍA, A. (ed.), *Valores y estilos de vida de nuestras sociedades en transformación*, Bilbao, Universidad de Deusto: 43-55.

KLOSOWSKA, A. (1988), “Analysis of sociological literature on youth”, en KUCZYNSKI, J.; EISENSTADT, S. N.; LY, B. y L. SARKAR (eds.), *Perspectives on contemporary youth*, Tokio, UN University.

LÓPEZ PINTOR, R. y R. BUCETA (1975), *Los españoles de los años 70. Una versión sociológica*, Madrid, Tecnos.

MARTÍN SERRANO, M. (ed.) (1994), *Historia de los cambios de mentalidades de los jóvenes entre 1960-1990*, Madrid, Instituto de la Juventud.

MORAL, F. y A. MATEOS (2002), *El cambio en las actitudes y los valores de los jóvenes*, Madrid, INJUVE.

REQUENA, M. (1994), “Juventud y religión en España”, en MARTÍN SERRANO, M. (ed.), *Historia de los cambios de mentalidades de los jóvenes entre 1960-1990*, Madrid, Instituto de la Juventud.

REQUENA, M. y J. BENEDICTO (1988), *Relaciones interpersonales: actitudes y valores en la España de los 80* (Serie “Estudios y encuestas”), Madrid, CIS.

REVILLA, J. C. (1998), *La identidad personal de los jóvenes: pluralidad y autenticidad*, Madrid, Entinema.

– (2001), “La construcción discursiva de la juventud: lo general y lo particular”, *Papers*, 63/64: 103-122.

SÁEZ MARÍN, J. (1995), “Los estudios sobre juventud en España: contextos de un proceso de investigación-acción (1960-1990)”, *Revista Internacional de Sociología*, 10: 159-197.

TAYLOR, C. (1989), *Fuentes del Yo. La construcción de la identidad moderna*, Barcelona, Paidós Básica.

TORREGROSA, J. R. (1972), *La juventud española*, Madrid, Ariel.

VILLALÁIN, J. L., BASTERRA, A. y J. M. DEL VALLE (1992), *La sociedad española de los 90 y sus nuevos valores*, Madrid, Fundación Santa María.

ZAMORA ACOSTA, E. (1993), *Jóvenes andaluces de los 90*, Sevilla, Junta de Andalucía (Escuela Pública de Animación Sociocultural).